

El viejo bandoneón

Ayelen

Image not found.

Capítulo 1

El viejo Bandoneón

El silencio de la tarde de aquel todavía pueblo se veía interrumpido cuando comenzaban a sonar los acordes del viejo bandoneón. Los pájaros que jugaban con sus pichones en los nidos de los árboles de su largo patio, sabían que había llegado el momento especial de cada día. El momento en el que el ritmo de un triste chamamé alegraba la tarde que poco a poco se retiraba para dar lugar a las estrellas. El aroma de limones y mandarinas de los árboles del patio inundada el ambiente, y el frondoso árbol de palta cubría con su sombra la pequeña casita. Las flores ya habían sido regadas. La ropa lavada, recogida. En la cocina había poco espacio pero mucho amor, envuelto en dos manos que amasaban y estiraban, cortaban y dejaban reposar sobre una fuente, los tallarines caseros que iban a desaparecer en un santiamén al mediodía siguiente.

Y él, sentado al borde de su cama, con un paño exclusivo y especial preparado para sostener sobre sus piernas el preciado instrumento, inclinaba su cabeza hacia un costado y entrecerraba los ojos mientras sus dedos ágiles presionaban las teclas del viejo bandoneón. A su lado, una pequeña de cabellos dorados con el sol, amante de la música y las comidas de su abuela, disfrutaba su visita al dulce hogar, mientras curiosa observaba a su abuelo hacer música con el "gusano" que se hacía largo y corto, corto y largo.

"Abuelo, ¿Puedo probar?" - le preguntaba. Entonces él, colocaba en las pequeñas piernas el paño bordó y depositaba suavemente el instrumento sobre ella. "Cuidado que es pesado" - advertía. Ella hacía fuerza para hacerlo sonar. "Abuelo, tirá vos, yo toco" - le pedía. Nuevamente volvía el paño e instrumento a las piernas del abuelo y mientras él lo movía, ella tocaba. Inventaba. Jugaba. Abuelo y nieta unidos en un momento especial. "Abuelo, vamos a jugar al Chinchón, en un rato me voy" - volvía a pedir la nieta.

Entonces el viejo bandoneón volvía a su baúl, cuidado y protegido por el paño bordó, y las fotos de sus intérpretes favoritos. Lo colocaba bien cerca de su mesa de luz, en la que tenía cassettes con sus canciones preferidas y quién sabe, seguramente, alguna con interpretaciones propias que él mismo había grabado. Lo guardaba cerca suyo, para que la música nunca se escape. Para que todos los tesoros y recuerdos que estaban allí, permanezcan siempre más allá del tiempo. Y ahí dormía el viejo bandoneón. Feliz de haberse estirado un ratito. Sabiendo que, al otro día, el abuelo lo volvería a sacar, y volvería a llenar de vida aquel pequeño hogar.